

Los matices de la modernización bajo el franquismo*

Francisco Javier Caspistegui.

Dpto. Historia. Universidad de Navarra

¿Es de extrañar, pues, que aquel siglo se deleitara con sus propias conquistas y considerara cada década terminada como un nuevo peldaño hacia otra mejor?

Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*.

El concepto de modernización.

a) **Origen y características.** Sus raíces intelectuales son anteriores a su consolidación como elemento para el análisis de la realidad. De hecho, puede decirse que en su origen está la propia idea de progreso, con su característica linealidad teleológica, e incluso el evolucionismo darwinista. A este elemento central cabría añadir los derivados de la reflexión, preferentemente sociológica, que incorporaron entre otros Max Weber y Talcott Parsons. El primero insistía en la racionalidad como elemento clave para la modernización de las sociedades, concretada en la burocracia estatal y en la supresión paulatina de los comportamientos tradicionales, más débiles, que al ser eliminados marcarían el avance de la modernización¹. Para el segundo, la transformación de alguno de los elementos centrales de cada sociedad lleva consigo necesariamente la modificación de los restantes². De alguna manera, la modernización

* Quiero agradecer la atenta lectura que de estas páginas han hecho Ignacio Olábarri, Carmen Erro y Mari Mar Larraza. También agradezco la confianza de los organizadores.

¹ Critica el énfasis en la racionalidad Joyce Appleby ("Modernization theory and the formation of modern social theories in England and America", *Comparative Studies in Society and History*, 20/2 (1978), p. 261), al señalar que «[t]he expectation that modernization will promote rationality as a mode of thought is more tautological than descriptive: where rationality appears, modernization takes place; where it does not, modernization has not taken place. Moreover, rationality is not at all of one piece».

² *The structure of social action*, Nueva York, McGraw-Hill, 1937; en *Structure and process in modern societies*, Nueva York, The Free Press, 1960, señalaba que «Weber se preocupó y estudió las condiciones que hicieron posible que el 'capitalismo' fuera un hecho en Occidente y por qué razones esto no sucedió en otras sociedades. Ahora tal vez pueda decirse que hay que centrar la atención en las condiciones de su extensión desde Occidente a otras sociedades en todos los continentes» (sigo la edición castellana: *Estructura y proceso en las sociedades modernas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966, pp. 103-185. La cita en la p. 104); *Societies: evolutionary and comparative perspectives*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1966; *The system of modern societies*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1966.

se veía como la aplicación práctica del análisis del cambio social. De hecho, la propia idea de cambio social surge asociada a la descripción del paso de la sociedad premoderna a la moderna en el contexto de la Revolución Francesa. Como indica Pierpaolo Donati al referirse a este concepto,

[d]ecir cambio social significa asegurar que la sociedad pasa de un orden social a otro (por ejemplo del antiguo régimen a la democracia, de una sociedad agraria a una sociedad industrial, del capitalismo al socialismo, etc.). Significa dar cuenta de cómo la sociedad construye cada nuevo orden social³.

La modernización, en cambio, fue la formulación de un momento y unas necesidades concretas. Más que un concepto teórico genérico, tuvo un evidente componente práctico y un marcado contexto histórico. Por decirlo en palabras de uno de sus defensores:

Modernization is a special kind of hope. Embodied within it are all the past revolutions of history and all the supreme human desires. The modernization revolution is epic in scale and moral in its significance. [...] Whatever direction it may take, the struggle to modernize is what has given meaning to our generation⁴.

Un rasgo inherente a la modernización es la necesidad de plantear un necesario elemento opuesto: la tradición o lo tradicional. La sociedad moderna surgía como oposición a la sociedad tradicional. De alguna manera, en el proceso evolutivo y lineal que marcaba la idea de progreso, la sociedad moderna debía abrirse paso necesariamente. Como señalaba S.N. Eisenstadt,

[t]his central concern with tradition as contrasted with modernization contributed to the development of the major typologies of classical sociology as based on the dichotomous conception of traditional as against modern societies". Así, "traditional society was conceived as bound by its inherited cultural horizons, modern society as culturally dynamic and oriented to change and innovation⁵.

³ DONATI, Pierpaolo, "Cambio social y pensamiento sociológico: hacia una teoría relacional", en: V. Vázquez De Prada, I. Olábarri, y F.J. CASPISTEGUI, (eds.), *Para comprender el cambio social. Enfoques teóricos y perspectivas historiográficas*, Pamplona, Eunsa, 1997, p. 52.

⁴ APTER, David E., *The politics of modernization*, Chicago, The University of Chicago Press, 1965, p. 1. Un buen resumen de estas actitudes en WEINER, Myron (ed.), *Modernization: The dynamics of growth*, Nueva York, Basic Books, 1966.

⁵ EISENSTADT, S.N., "Studies of modernization and sociological theory", *History and Theory*, 13/3 (1974), pp. 226-31, 226 para las citas. Véase también su *Ensayos sobre el cambio social y la modernización*, Madrid, Tecnos, 1970.

Más allá de su genealogía intelectual, el concepto de modernización surge en un contexto muy concreto, el de la segunda posguerra mundial, y al amparo de un clima ideológico representado fundamentalmente por EE.UU.: el liberalismo democrático apoyado en el sistema capitalista. Esta ineludible referencia de fondo implicaba la inexistencia de elementos de quiebra o conflicto en la sociedad norteamericana y la necesidad de respaldar el fundamento ideológico de la misma de manera consensuada. Además de las evidentes consecuencias políticas en la persecución de la disensión que ejemplifica el mccarthismo, también hay repercusiones en la consolidación de una ciencia social apoyada en la idea del consenso. Este ambiente lo reflejaba con claridad uno de los defensores de la historiografía del consenso, Daniel Boorstin, para quien los americanos carecían de ideología, incluso de filosofía, y elevaba esta afirmación a argumento trascendente: «Why should *we* make a five-year plan for ourselves when God seems to have had a thousand-year plan ready made for us?»⁶. Evidentemente, era *el* modelo a seguir.

Esta visión implicaba, por tanto y desde este punto de vista, la necesidad de transmitir, en un proceso civilizador similar al ejercido por los países colonialistas, las bondades del sistema, especialmente en el contexto de la guerra fría. Talcott Parsons lo señalaba así:

[L]a presencia de una economía industrial en ciertas partes del mundo señala las condiciones bajo las cuales cualquier nación debe en nuestros días existir y desarrollarse, y [...] presenta un modelo que otros pueden seguir”. Y añadía: “[E]n la actual situación para la ‘difusión’ de este tipo de organización [industrial] desde el mundo occidental a otras regiones, parece claro que las condiciones más favorables están centradas en el adecuado tipo de iniciativa política⁷.

Cunde entonces la creencia en las posibilidades activas de la ciencia social y, en ese marco, de la capacidad de trasladar el modelo de modernización o desarrollo vivido en Occidente o, más específicamente, en EE.UU., al conjunto de los nuevos países

⁶ *The genius of American politics*, Chicago, University of Chicago Press, 1953, p. 179. En 1943 Thomas Mann, en una de sus charlas radiofónicas dirigidas a Alemania decía: “nosotros, los europeos, no tenemos más remedio que preguntarnos una vez más si los valores de la civilización occidental no están mejor representados, y gozan de una protección más noble, aquí, a este lado del Atlántico, que allí, en la otra vertiente” (*Oíd, alemanes... Discursos radiofónicos contra Hitler*, Barcelona, Península, 2004, p. 161).

⁷ *Estructura y proceso en las sociedades modernas*, pp. 125 y 138. Véase también MILLIKAN, M.F. y BLACKMER, D.L.M. (eds.), *Las naciones que surgen. Su desarrollo y la política de los Estados Unidos*, Instituto de Desarrollo Económico, Washington, México, FCE, 1961 (ed. original: Boston, Little, Brown & Co., 1961), pp. 10-13.

emergentes del proceso de descolonización. Ensayado ya a través del Plan Marshall (desde 1948), supuso una referencia que confirmaba las bondades de la idea inicial. Además, era un instrumento de control de aquellos nuevos países que podían caer en las garras del comunismo. Sacar a los países del subdesarrollo llevaba consigo un evidente interés ideológico y geo-estratégico⁸.

Lo que es evidente es que en la década de los 50 y sobre todo en la de los 60, el concepto de modernización dio lugar a la aparición de la teoría de la modernización, extraordinariamente popular en las ciencias sociales del momento, lo que, de acuerdo a Dean C. Tipps, no se apoyó

in its clarity and precision as a vehicle of scholarly communication, but rather in its ability to evoke vague and generalized images which serve to summarize all the various transformations of social life attendant upon the rise of industrialization and the nation-state in the late eighteenth and nineteenth centuries⁹.

De hecho, el modelo era el que en Occidente se había realizado sobre el cambio social, dado que el análisis científico de la realidad de los nuevos países era inexistente¹⁰.

A partir de lo vago de sus planteamientos derivaron los dos rasgos centrales de la teoría de la modernización¹¹: 1. La inclusividad de la definición, pues la modernización se entendía como un proceso de múltiples facetas que recogía los cambios producidos en todas las áreas del pensamiento y la actividad humanas. 2. La unidad de análisis primordial era el Estado-nación, marco territorial y político concreto en el que se identifican las diversas facetas del proceso de modernización. Dentro de la tradición de las ciencias sociales, señalaba Joyce Appleby, la fuerza de la teoría de la modernización radicaba en el compromiso de dar cuenta de la totalidad de los cambios encerrados en la creación de una nación moderna¹².

En cualquier caso, y dentro de las pautas de investigación e interés de las ciencias sociales de su tiempo, la tendencia fue hacia los aspectos materiales,

⁸ GENDZIER, Irene, *Managing political change: social scientists and the Third World* (Boulder, Westview Press, 1985) realiza una crítica radical contra el marco que generó la teoría de la modernización y los estudios sobre el desarrollo. Véanse las pp. 22-34.

⁹ "Modernization theory and the comparative study of societies: a critical perspective", *Comparative Studies in Society and History*, 15/2 (1973), p. 199.

¹⁰ De alguna manera, estos estudios sobre el tercer mundo prolongaron los debates acerca de los caracteres de las sociedades industrializadas occidentales. Cf. GENDZIER, Irene, op. cit.

¹¹ TIPPS, Dean C., "Modernization theory and the comparative study of societies: A critical perspective", *Comparative Studies in Society and History*, 15/2 (1973), pp. 201-2.

¹² TIPPS, Dean C., op. cit., p. 260.

destacando especialmente lo relativo a la urbanización y, sobre todo, a la industrialización, respecto a la que la modernización se acabó considerando prácticamente como un sinónimo. Esto llevó al establecimiento de diversas secuencias que describían el proceso de modernización en una serie lineal que implicaba necesariamente una sucesión de pasos. Daniel Lerner, con las pautas históricas europeas de fondo, desarrolló para las elites con un estilo moderno de vida –acceso a los medios de comunicación- del Oriente Próximo las pautas siguientes:

The secular evolution of a participant society appears to involve a regular sequence of three phases. Urbanization comes first, for cities alone have developed the complex of skills and resources which characterize the modern industrial economy. Within this urban matrix develop both of the attributes which distinguish the next two phases –literacy and media growth. There is a close reciprocal relationship between these, for the literacy develop the media which in turn spread literacy. But, literacy performs the key function in the second phase. The capacity to read, at first acquired by relatively few people, equips them to perform the varied tasks required in the modernizing society. Not until the third phase, when the elaborate technology of industrial development is fairly well advanced, does a society begin to produce newspapers, radio networks, and motion pictures on a massive scale. This, in turn, accelerates the spread of literacy. Out of this interaction develop those institutions of participation (e.g. voting) which we find in all advanced modern societies¹³.

La modernización tendió a asociarse de inmediato con el desarrollo económico y material y, menos, con el político. Uno de los ejemplos más destacados en esta tendencia de las ciencias sociales bajo el paraguas ideológico desarrollista a la manera occidental fue el libro de W.W. Rostow¹⁴. En él se trazaban las fases por las que necesariamente habrían de pasar (o ya habían pasado) aquellos países que buscasen el desarrollo económico como elemento inicial en el proceso de modernización general (pues la modificación de un aspecto afectaba necesariamente al conjunto, como

¹³ LERNER, Daniel, *The passing of traditional society: modernizing the Middle East*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1958. La cita, en la p. 60. Véase también LIPSET, Seymour M., “Some social requisites of democracy”, *The American Political Science Review*, 53 (1959), pp. 69-105. Aplicó y confirmó estas pautas a los EE.UU. WINHAM, Gilbert R., “Political development and Lerner’s theory: further test of a causal model”, *The American Political Science Review*, 64/3 (1970), pp. 810-818.

¹⁴ *The stages of economic growth: a non communist manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960. Sobre este economista pueden citarse las visiones favorables recogidas en KINDLEBERGER, Charles P. y TELLA, Guido di (eds.), *Economics in the long view: Essays in honour of W.W. Rostow*, 3 vols., Londres, MacMillan, 1982; SUPPLE, Barry, “Revisiting Rostow”, *The Economic History Review*, 37/1 (1984), pp. 107-114.

veíamos): sociedad tradicional, condiciones previas al despegue, despegue, proceso hacia la madurez y era de consumo de masa¹⁵. También comparten esta perspectiva economicista los estudios recogidos por Donald Blackmer y Max Millikan. De hecho, afirman que,

[d]esde el punto de vista de la sociedad en desarrollo, el cambio económico parece ser con frecuencia el rasgo central de la modernización. [...] Pero hay dos razones más fundamentales para el papel central del cambio económico en el proceso de modernización [...]: que el desarrollo económico es una condición necesaria para la satisfacción de la multitud de aspiraciones nuevas que llenan las cabezas de los individuos de una sociedad que se moderniza. [...] [E]ste es uno de los factores claves causantes de los cambios en los valores, las motivaciones y las aspiraciones que asociamos con el proceso de modernización¹⁶.

Sin embargo, pronto comenzó a apreciarse con claridad que no todo podía limitarse al ámbito de lo económico y surgieron las primeras críticas a este modelo¹⁷. Frente a ello se buscó agregar nuevos elementos que tuvieran una elevada incidencia en el proceso de modernización más allá de los meramente económicos. Comenzaron a aparecer análisis de los factores institucionales y a tenerse en cuenta lo que la prof. Appleby llama la teleología de la adaptación, es decir, la necesidad de dar cuenta de la complejidad que supone afrontar el creciente desafío de los elementos modernizadores¹⁸. Pero quizá donde más auge demostró esta tendencia teórica (además de en lo económico) fue en el ámbito de lo político, en el que se asoció democratización con desarrollo económico. De la misma forma que en lo económico se consideraba la necesidad de exportar el paradigma norteamericano, ocurría lo mismo en lo político. Los estudios comparados se convirtieron en la estrella de la ciencia política, siempre con la finalidad de mostrar los pasos necesarios en el proceso de acercamiento al modelo final, democrático, según las pautas norteamericanas¹⁹. Si la intervención en lo

¹⁵ Estas fases ya las había enunciado en 1953, en su libro *The process of economic growth*, Oxford, Clarendon Press, 1960 (2ª), especialmente el cap. XIII, "The stages of economic growth", pp. 307-331.

¹⁶ BLACKMER, Donald y MILLIKAN, Max (eds.), *Las naciones que surgen*, pp. 53-4.

¹⁷ Peter Mathias afirmaba esta crítica al señalar que "[d]onde las cuestiones económicas, los problemas económicos, los procesos económicos son el foco de estudio, se crea una propensión a exaltar la autonomía de lo económico, que a su vez puede guiar, incluso involuntariamente, al supuesto de que lo social es consecuencia de lo económico", "El impacto social de los fenómenos económicos", en: V. Vázquez de Prada, I. Olábarri y F.J. Caspistegui (eds.), op. cit., p 255.

¹⁸ Op. cit., p. 260.

¹⁹ Como señala el mencionado TIPPS, Dean C., "Two features of this period stand out: a widespread attitude of complacency toward American society, and the expansion of American political, military, and economic interests throughout the world". Y añade: "Such an atmosphere of complacency and self-

económico llevaba consigo necesariamente el desarrollo material, éste a su vez, implicaba la democratización de los comportamientos políticos. Sin embargo, con el paso del tiempo se vio que esta ecuación no se cumplía y surgieron propuestas como la de Samuel P. Huntington en las que se obviaba el componente político democrático frente al mantenimiento del orden y la estabilidad²⁰. Era preciso crear una clase media a través de la urbanización: «The urban middle class, in short, makes its appearance in politics and makes the city the source of unrest and opposition to the political and social system which is still dominated by the country»²¹; abogaba entonces Huntington por una fuerza de contención urbana y moderna frente a la amenaza agraria. A fines de los sesenta ya no estaba tan claro que la democracia fuese necesariamente la salida política al desarrollo económico. En el convulso contexto del momento, comenzaba a primar la estabilidad, aunque fuese a través de gobiernos autoritarios, sobre la libre participación.

De alguna manera, también desde el marxismo se defendía una teoría de la modernización, dado que la evolución lógica en la línea que conducía la historia hacia el comunismo, era la de la mejora de la situación de las sociedades mediante la implantación de un régimen socialista a través de una serie de etapas en las que el componente transitorio aún tenía un peso considerable: «Si es un país atrasado, subdesarrollado, coexistirán en él durante largo tiempo diversas relaciones de producción y, de acuerdo con la evolución de estas relaciones, lo que está en dependencia de la forma que adopte la lucha de clases, se irá pasando de una etapa a otra en el camino al comunismo»²². Llegado ese momento, señalaba Marx que,

satisfaction could only encourage the assumption among social scientists that ‘modernity’ was indeed an unmixed blessing and that the institutions and values of American society [...] represented an appropriate model to be emulated by other, less fortunate societies” (pp. 208-9). He tratado sobre el papel de la ciencia política en estas cuestiones en: “Political history in the 20th century: from ostracism to cultural turn”, en: I. Olábarri y F.J. Caspistegui (eds.), *The Strength of history at the doors of the new millenium. History and the other social and human sciences along XXth century*, Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 428-34.

²⁰ *Political order in changing societies*, New Haven, Yale University Press, 1968. Ya tocó estas cuestiones en “Political development and political decay”, *World Politics*, 17/3 (1965), pp. 386-430. En “Political development: America vs. Europe” (*World Politics*, 18/3 (1966), pp. 378-414) señalaba significativamente: “The political modernization of Western Europe and North America was, of course, spread over many centuries. In general, the broadening of participation in politics came after the rationalization of authority and the differentiation of structure got under way in earnest in the seventeenth century” (p. 379). De hecho señala la tendencia a la uniformidad en el paso del feudalismo a fases más participativas.

²¹ *Political order in changing societies*, p. 73.

²² HARNECKER, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1999 (1ª ed. 1969), p. 213. Sobre el concepto de transición entre las relaciones de producción capitalista y comunista, pp. 177-217. También esta cuestión se trata desde la óptica ideológica contraria; véanse, por ejemplo, EISENSTADT, S.N., “Studies of modernization...”, pp. 234-5 y *Modernización. Movimientos de protesta y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972 (2ª, 1ª 1968. Ed. original: *Modernization:*

cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y, con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!²³.

Estos planteamientos se desarrollaron con la activa participación de la URSS en la competencia por el control de los nuevos estados emergentes tras la descolonización. De hecho, de la misma manera que los principios anteriores dieron lugar a una política de desarrollo económico en el seno de la propia Unión Soviética, sus resultados se ofrecieron también como modelo de desarrollo: «Valiéndose de contradicciones objetivas, obviando dificultades y confusiones que inevitablemente se producen en el proceso de desarrollo, la sociedad socialista alcanza un grado cada vez más elevado de perfección». De ahí la importancia de dar a conocer ese modelo a los países en desarrollo:

para edificar el socialismo es menester determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de la cultura y de la conciencia social. Los países socialistas brindan a estos Estados progresistas asistencia [...]. Y los pueblos de los Estados jóvenes se convencen más y más de que el éxito del desenvolvimiento económico, lo mismo que el de todo el progreso social de estos países, depende en lo fundamental de su propia labor. Ninguna fuerza de la reacción podrá detener la marcha progresista de lo viejo a lo nuevo, el avance del socialismo que, a paso seguro, viene a sustituir el anticuado capitalismo²⁴.

b) La crítica al concepto y su situación actual. Ya desde los años sesenta comenzaron a aparecer puntos de vista contrarios a lo que la teoría de la modernización trataba de recoger.

protest and change, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1966) pp. 167-85; TIPPS, Dean C., op. cit., p. 204.

²³ *Crítica al programa de Gotha (abril-mayo de 1875)*, en *Obras Escogidas*, III, p. 14. Citado por HARNECKER, Marta, op. cit., p. 184.

²⁴ Ambas citas de BUNKINA, Margarita, *¿Capitalismo? No, socialismo. Cómo se escogen las vías del desarrollo socio-económico*, Moscú, Ed. del la Agencia Nóvosti, 1984, pp. 12-13 y 103.

En primer lugar se consideró que si modernización se empleaba como sinónimo de otras variables ya existentes, como industrialización, apenas aportaba nada interesante. Además de esta percepción más metodológica, uno de los aspectos más atacados de la teoría de la modernización fue el relativo a su carga ideológica. Así, se consideraba una visión excesivamente etnocéntrica, con lo que ello suponía además de familiaridad con las categorías intelectuales que debían explicar las nuevas situaciones en el Tercer Mundo. Parte de esta actitud derivaba de patrones ideológicos, como veíamos, y de la necesidad de frenar el avance del comunismo. Agencias gubernamentales y fundaciones privadas en el mundo anglosajón favorecieron la investigación para incrementar el conocimiento que de esas nuevas sociedades se tenía. Por ello, «far from being a universally applicable schema for the study of the historical development of human societies, the nature of modernization theory reflects a particular phase in the development of a single society, that of the United States»²⁵. De hecho, la crítica marxista insistía en la falsedad de la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno o lo desarrollado y lo subdesarrollado, para hacer referencia a las diversas formas de imperialismo y colonialismo, a la explotación y la dependencia²⁶.

También se criticó la teoría de la modernización por examinar la transformación de las sociedades como el resultado de procesos de cambio inmanentes. El marco nacional obligaba a considerar variables de análisis centradas preferentemente en lo interior, prescindiendo en muchos casos de fuentes externas de cambio. Así, por ejemplo, la sociedad tradicional se analizaba más como la antítesis de la sociedad moderna que a partir de la observación de la misma. Si la sociedad moderna era esencialmente dinámica y diversa, la tradicional debía ser, por contraste, estática y unitaria. Evidentemente esto llevaba a ignorar las particularidades de cada una de esas sociedades en el proceso de modernización, con lo que éste era similar en todos los países y, por tanto, también homologable en su análisis y resultados. Además, afirmar que la modernización implicaba la destrucción de la tradición previa era erróneo, como demostró la pervivencia de muchas de esas tradiciones en los lugares modernizados²⁷. En cierto modo, la defensa de la linealidad progresiva del proceso de modernización se

²⁵ TIPPS, Dean C., op. cit., pp. 205-11. La cita en la p. 211. Véanse también EISENSTADT, S.N., "Studies on modernization...", p. 243 y GENDZIER, Irene, op. cit., pp. 80-8.

²⁶ EISENSTADT, S.N., "Studies on modernization...", pp. 241-2.

²⁷ TIPPS, Dean C., op. cit., pp. 211-17. Véase también EISENSTADT, S.N., "Studies on modernization...", pp. 236, 238-40 y su *Modernización. Movimientos de protesta y cambio social*.

había mostrado como una falacia, dado que no sólo no había crecimiento indefinido, sino que incluso se producían notables retrocesos²⁸.

Una tercera fuente de críticas es la relativa al ámbito metodológico, especialmente a la excesiva amplitud de un concepto que se aplicó a casi todo: «modernization theorists have attempted to encompass within a single concept virtually every ‘progressive’ social change since the seventeenth century». Esto llevaba consigo tan amplias definiciones que hacía casi imposible saber a qué ámbitos se refería. Así, para aplicarlo a la sociedad moderna se hablaba del Estado nacional, mientras que respecto a la sociedad tradicional se hacía referencia a la civilización, área cultural, imperio, reino, etc. Resultaba difícil comparar, por tanto, ambos aspectos. Además, se tendía a dejar de lado lo referente a las influencias exteriores, limitando la explicación a los elementos procedentes del marco de análisis interior. Por otro lado, se tendía a confundir el concepto de modernización con los hechos que se trataba de describir con él, lo cual llevaba a incidir en el estudio de la idea de modernización frente a los hechos que servían para definirla. En último término, este concepto, desde una crítica radical, «becomes little more than a classificatory device distinguishing processes of social change deemed ‘progressive’ from those which are not»²⁹.

Todo el proceso de revisión crítica desarrollado especialmente en los años sesenta y primeros setenta llevó a un acusado declive en el uso del concepto de modernización hasta el punto de considerarlo desaparecido en el ámbito de las ciencias sociales. Sin embargo, ya en los años ochenta, la aparición de nuevos libros llevó a considerar que las críticas previas habían servido para limar los aspectos más problemáticos sin conseguir acabar por completo con él, como había pedido el prof. Tipps: «The results of almost two decades of modernization theory do not justify a third. The time has come to begin working toward an alternative paradigm»³⁰. De hecho, la propuesta era la de tratar de tender hacia un cierto eclecticismo teórico que sirviese para realizar una investigación empírica con sentido. Como señalaba Ian Roxborough, «we are all modernization theorists. We all work with some notion of a transition from premodern to modern society». Por ello, debía obviarse el conflicto

²⁸ Ya a mediados de los sesenta se advirtió de estas posibilidades. Véanse, por ejemplo: EISENSTADT, S.N., “Breakdowns of modernization”, *Economic Development and Cultural Change*, 12 (1964), pp. 345-367 y “Modernization and conditions of sustained growth”, *World Politics*, 16/4 (1964), pp. 576-594; HUNTINGTON, Samuel P., “Political development and political decay”, *World Politics*, 17 (1965), pp. 386-430.

²⁹ TIPPS, Dean C., op. cit., pp. 217-23. Las citas en las pp. 218 y 222.

³⁰ TIPPS, Dean C., op. cit., pp. 223-4. La cita en esta última.

entre paradigmas y, anunciando el *historical turn* de muchas ciencias sociales, centrarse en los elementos históricos del desarrollo³¹.

Una década más tarde, ya en los noventa, se pedía una nueva reflexión en torno a la idea de modernización y desarrollo, a la que se consideraba fracasada y, sobre todo, rechazada por aquellos a los que se impuso. La opción presentada partía en algunos casos de la necesidad de considerar la experiencia de los pobres³², pero sobre todo, no hacía sino mostrar la vigencia del concepto aunque, evidentemente, desde muy distintas bases y, sobre todo, tendiendo a reconocer la evidente complejidad y diversidad de matices contenidos en un concepto cuyo valor iba más allá de las limitaciones que imponía una única disciplina. Como señala la prof. Carnero:

Del amplio debate que ha tenido lugar en los últimos años emerge con claridad la limitación que supone abordar la investigación del cambio social contraponiendo una supuesta sociedad tradicional a otra considerada moderna, o circunscribiendo el alcance de la transformación al incremento de las magnitudes macroeconómicas, asociado históricamente en los países del mundo occidental al fenómeno de la industrialización. [...] Por el contrario, la investigación de la modernización de una determinada sociedad es concebida siempre como un proceso de transición, en el que las mudanzas conviven por necesidad con las pervivencias del viejo orden que subsisten y que pueden ser muy importantes³³.

c) Teoría de la modernización e historia³⁴. Una de las críticas más habituales a la teoría de la modernización fue la relativa a su carácter ahistórico o, al menos, a su erróneo punto de vista histórico. De hecho, partía de la necesidad de revisar el pasado para poder confrontar la deseable sociedad futura con la rechazable sociedad tradicional. El argumento dicotómico fundamentaba sus razones en una negativa visión del pasado. Para ello recurría a un análisis tendente a la simplificación, en buena medida por ignorar

³¹ "Modernization theory revisited. A review article", *Comparative Studies in Society and History*, 30/4 (1988), pp. 753-761. La cita, en la p. 755. Véase también la obra colectiva dirigida por EISENSTADT, S.N., *Patterns of modernity. Vol. 1: The West; vol. 2: Beyond the West*, Londres, Frances Pinter, 1987.

³² NABUDERE, Dani W., "Beyond modernization and development, or why the poor reject development", *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, 79/4 (1997), pp. 203-215; BOOTH, D., "Development research: from impasse to a new agenda", en: F.J. Schuurman (ed.), *Beyond the impasse*, Londres, Zed Press, 1993.

³³ CARNERO ARBAT, Teresa, "Introducción", a Teresa Carnero Arbat (ed.), *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Madrid, Alianza, 1992, p. 16.

³⁴ No deja de ser significativo que toque este tema Peter Burke al hablar de la cuestión del cambio social en su *Sociología e historia*, Madrid, Alianza, 1987 (ed. orig., 1980), pp. 101-19, 130-4. Una década después, el mismo prof. Burke se seguía planteando la cuestión sin apreciar en ello grandes cambios

la importancia del contexto y de las continuidades históricas. Las sociedades pre-industriales, pre-modernas, eran vistas de forma estática. Sin embargo, en el proceso de revisión del concepto en los ochenta, como se ha visto, uno de los puntos de insistencia era precisamente el de la necesidad de considerar el elemento histórico.

De cualquier forma, es significativo tener en cuenta que ya desde los años sesenta y, pese a las críticas al modelo de modernización tal como se entendía en el ámbito de la sociología, la economía o la politología, fuese utilizado en el análisis histórico, especialmente en relación con el cambio social. El interés por el cambio social de la sociología buscó fundamentar sus estudios en el pasado, lo que llevó a un acercamiento paulatino y a la aparición de la sociología histórica (recuérdense las obras de Charles Tilly, Barrington Moore, C.E. Black o Immanuel Wallerstein³⁵) y la mayor atención de los historiadores hacia los aspectos sociales. En todos los casos, la visión del cambio social y, por añadidura, de la modernización, se realiza ya desde parámetros críticos, cercanos en algunos casos al marxismo, pero siempre con un énfasis considerable en la aportación de la historia³⁶.

Queda la duda de considerar si cambio social y cambio histórico son equivalentes. Como señaló Charles Morazé: «Todo cambio social es un cambio histórico; pero existen cambios históricos que no son cambios sociales»³⁷. Desde la perspectiva de los historiadores, su aporte, indicaba Peter Burke, podría incidir en un

(*History and social theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992). Véase también, CARNERO, Teresa, "Introducción", pp. 16-23.

³⁵ MOORE, Barrington, *Social origins of dictatorship and democracy. Land and peasant in the making of the modern world*, Boston, Mass., Beacon Press, 1966; BLACK, C.E., *The dynamics of modernization: a study in comparative history*, Nueva York, Harper, 1966. Comentadas ambas en relación con la teoría de la modernización por SALOMON, Lester M., "Comparative history and the theory of modernization", *World Politics*, 23/1 (1970), pp. 83-103. Sobre el primero véase WIENER, Jonathan M., "The Barrington Moore thesis and its critics", *Theory and Society*, 2/3 (1975), pp. 301-330. WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World-System: Capitalist agriculture and the origins of the european world economy in the sixteenth century*, Nueva York, Academic Press, 1974. Sigue sus planteamientos para el siglo XX CHIROT, Daniel, *Social Change in the Twentieth century*, Nueva York, Harcourt Brace, 1977, que define el sistema mundial como "a set of interconnected societies" (p. 13) y centra su análisis en los cambios de dicho sistema mundial como el producto de las variaciones en el equilibrio de las fuerzas económicas, culturales y políticas internacionales marcadas por las cambiantes estructuras de clase. TILLY, Charles (ed.), *The formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975. Señala este último que "we consider the historical experience to be more important than contemporary observation in the formulation or verification of some kinds of generalizations about large-scale political changes" (p. 3).

³⁶ ROXBOROUGH, Ian, "Modernization theory revisited. A review article", *Comparative Studies in Society and History*, 30/4 (1988), pp. 754, 757-9, 761. No deja de ser significativo observar que el concepto o la idea de modernización se extiende al análisis histórico de sociedades del pasado. Véase, p. ej.: POCKOCK, J.G.A., "Modernity and anti-modernity in the Anglophone political tradition", en: S.N. Eisenstadt (ed.), *Patterns of modernity*, I, pp. 44-59.

³⁷ VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín y OLÁBARRI, Ignacio, "Conclusiones", en: V. Vázquez de Prada, I. Olábarri y F.J. Caspistegui (eds.), op. cit., p. 402.

modelo «que tuviera más en cuenta la diversidad y las tendencias a largo plazo [...] y que especificara las vías alternativas y las coerciones más claramente que antes»³⁸. El cambio social es un objeto de interés para el historiador y, dentro de él, la modernización como un ejemplo concreto de dicho cambio. En cierto modo, por tanto, la modernización podría considerarse, desde el punto de vista del historiador, como un término equivalente a cambio social, aunque la casuística concreta a la que desde la ciencia de Clío se presta atención preferente, marcaría la dificultad para establecer modelos demasiado cerrados y uniformes. Por otro lado, además, el concepto de modernización resultaría de utilidad como reflejo de la actitud de las ciencias sociales frente a un tiempo en el que su uso marcaba una forma de pensar, una actitud respecto al contexto político, ideológico y económico dominante. Como señala Joyce Appleby: «modernization theory in twentieth-century scholarship is more a sign of modernization than a theory about it»³⁹.

Llegado este punto, la modernización la entendería, primero, como la modificación de comportamientos y actitudes, de modos de vida y de organización social pero también, en segundo lugar, como la percepción de dichos cambios, el entendimiento de lo que estaba ocurriendo de forma contemporánea a los hechos.

La modernización de España bajo el franquismo.

El Plan de Estabilización de 1959 puso las bases para iniciar un crecimiento económico de indudable alcance. La transformación a que dio lugar sacó al país de la parálisis a la que estaba abocado: «entre 1959 y 1975 se experimentó el proceso de crecimiento más intenso e ininterrumpido en la historia de España»⁴⁰. Sin embargo, cabe preguntarse si esta transformación, si el desarrollo económico, se hubiera realizado incluso pese al franquismo. Como señala Pablo Martín Aceña, «no podemos, sin cometer un grave exceso, atribuir al Plan de Estabilización la exclusiva responsabilidad del rapidísimo desarrollo de la economía española de los años sesenta y principios de los setenta». Es preciso tener en cuenta, añade, la expansión de la economía

³⁸ BURKE, Peter, *Sociología e historia*, p. 134.

³⁹ Op. cit., p. 285.

⁴⁰ SERRANO SANZ, José M^a y PARDOS, Eva, “Los años de crecimiento del franquismo (1959-1975)”, en: F. Comín, M. Hernández y E. Llopis (eds.), *Historia económica de España, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 369.

internacional y, en ese marco, la apertura exterior⁴¹. En cualquier caso, las cifras arrojan una realidad incontestable: se pasó de una economía predominantemente rural, atrasada en muchos casos y obsoleta del modelo autárquico, a una economía liberalizada y plenamente integrada en las pautas occidentales. ¿Supuso este proceso la modernización del país? Evidentemente sí en lo económico, pero no en los demás ámbitos. De hecho, la modernización, tal como en esos mismos años se entendía la palabra, abarcaba otros muchos aspectos. En los primeros modelos, como veíamos, se señalaba que la puesta en marcha del proceso en cualquiera de los ámbitos que en él se incluía, implicaba necesariamente la modernización de los restantes. Esta creencia estaba arraigada en muchos de los dirigentes españoles del momento, que asociaban transformación en lo económico con cambios en la política. De hecho, fue este motivo el que retrasó el propio Plan de Estabilización. Y sin embargo, como muestra el caso español, no se produjo necesariamente la transformación de acuerdo a las pautas deseadas por el propio régimen, pero sí, en cambio, en otros aspectos menos queridos:

La década de los sesenta es un período caracterizado por una fuerte y eficaz aculturación, que va despojando a esta sociedad de hábitos hasta entonces considerados como incuestionables. [...] Se entra así en una fase de cierta anomia social, propia de una sociedad que aunque formalmente mantiene los patrones culturales del pasado, ya no se rige por ellos, y todavía no ha conseguido otros capaces de reemplazarlos de modo satisfactorio⁴².

Y ello aunque el marco político no era moderno en absoluto. De hecho, Félix Ortega califica este período como el de la modernización no querida y encaja con el modelo que propusieron, en esos mismos años, Samuel P. Huntington o D. Apter, al primar la estabilidad política y social por encima de la democracia como la mejor vía para garantizar una industrialización efectiva. Decía Apter: «the transition to industrialization requires an exceptionally well organized political system able to maintain a high degree of control. It is because the problem is so complex that I suggest

⁴¹ “¿Qué hubiera sucedido si Franco no hubiera aceptado el plan de Estabilización?”, en: N. Townson (dir.), *Historia virtual de España (1870-2004) ¿Qué hubiera pasado si...?*, Madrid, Taurus, 2004, p. 247; SERRANO SANZ, José M^a y PARDOS, Eva, op. cit., pp. 370-5.

⁴² ORTEGA, Félix, *El mito de la modernización. Las paradojas del cambio social*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 30.

that high control systems are necessary to make the transition to industrialization»⁴³. En el libro de Millikan y Blackmer se indica que EE.UU. tenía como objetivo,

estimular el nacimiento de Estados fuertes y eficaces pero en los cuales el poder sea cada vez más ampliamente compartido por grupos de toda la sociedad. Las dictaduras pueden ser fuertes y eficaces a corto plazo –y pueden ser, en realidad, una fase necesaria por la que tendrán que pasar algunas de las sociedades en transición⁴⁴.

En el caso español se dieron estas condiciones de control social y estabilidad que favorecieron el proceso industrializador por encima de cualquier otra consideración. Y sin embargo, como señalaba el propio Apter, «[t]he difficulty facing the modernizing autocracy is the possibility that changes effected in the economic sphere may eventually threaten the principle of hierarchical authority in the political sphere, with consequent demands for the substantial alteration of the system»⁴⁵. Tratar de cuadrar desarrollo económico con tradicionalismo político y social se antoja una opción complicada desde estos puntos de vista, aunque pueda ser útil en primera instancia. Y pese a las dificultades, se intentó: se trató de conseguir una sociedad industrializada evitando la urbanización; una sociedad con economía de mercado, con una población que no podía optar a elegir a sus dirigentes –ni, aparentemente, tenía gran interés en ello como consecuencia de la propia actitud oficial-⁴⁶; acceso a la sociedad de consumo sin romper con un intenso dirigismo de la cultura; en definitiva, un modelo económico moderno con una sociedad y una política tradicional. Y aun dentro de este proceso, la sociedad y una parte de sus elites cambiaron lo suficiente para estar preparadas para una transformación que en lo político iba a mudar de raíz lo hasta entonces conocido⁴⁷. Un

⁴³ ORTEGA, Félix, op. cit., pp. 55-60, 72-8; HUNTINGTON, Samuel P., *Political order in changing societies* y APTER, David E., *Some conceptual approaches to the study of modernization*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall, 1968, p. 334 para la cita. GENDZIER, Irene, op. cit., pp. 160-81.

⁴⁴ MILLIKAN, M.F. y BLACKMER, D.L.M. (eds.), op. cit., p. 85.

⁴⁵ *The politics of modernization*, pp. 402-7. La cita en las pp. 402-3.

⁴⁶ Véanse las referencias al respecto de SEVILLANO CALERO, Francisco, *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 199-206.

⁴⁷ Para la cuestión de las elites, véase ORTEGA, Félix, op. cit., pp. 96-101 y SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, J. (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003. Una propuesta de interés es la lanzada por PUIG, Nuria y ÁLVARO, Adoración, que conceden un papel relevante a la influencia de EE.UU. sobre los empresarios españoles en dicho proceso de modernización: “los instrumentos de la ayuda técnica americana sirvieron para tejer unas redes en el terreno empresarial, público y privado, que tendrían una influencia desproporcionada en el desarrollo español” (“Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles, 1950-1975: un estudio preliminar”, *Historia del Presente*, 1 (2002), pp. 8-29. La cita, en la p. 21). Para el caso navarro, véase ERRO, Carmen, “El papel de los empresarios en los procesos de cambio económico y social: Algunas reflexiones en torno a Navarra en el siglo XX”, en: F.J. Caspistegui y M.M. Larraza (eds.), *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra*, Pamplona, Eunate, 2003, pp. 149-169.

buen ejemplo puede ser el libro que publicó Gonzalo Fernández de la Mora en 1965, *El crepúsculo de las ideologías*, donde se trató de fundamentar esa situación paradójica de impulso de lo económico con la ausencia de libertades, donde hacía compatible el desarrollo, en sentido genérico, con los valores espirituales, gracias sobre todo a la erradicación de los males producidos por las ideologías y a la mejora de las condiciones de vida:

El desarrollo económico dignifica al hombre y, entre los innumerables efectos secundarios, concentra la atención utilitaria de las masas en el trabajo productivo, despegándolas de la batalla política. Simultáneamente, aumenta la cifra de propietarios y el grado social de responsabilidad y de estabilidad; aburguesa a los proletariados y a las aristocracias; es decir, homogeneiza las clases y, consecuentemente, sus intereses, con lo que se solidarizan los grupos, se aproximan los programas y se supera la polaridad de las reivindicaciones. Todo ello apresura la agonía de las ideologías. Además, la elevación del nivel medio de vida coincide en todas las latitudes con una disminución del analfabetismo [...] y una elevación general de la capacidad media de raciocinio. Pero cuando aumenta el grado de racionalidad disminuyen el pasional, el instintivo y el mágico. Decrecen la ingenuidad, la urgencia de consignas y la docilidad mental; se desarrollan el sentido crítico, el espíritu de especialización y los conocimientos. Conclusión: el clima se torna amenazadoramente hostil a la proliferación de las ideologías⁴⁸.

Sin embargo, el resultado final fue muy distinto a lo señalado por Gonzalo Fernández de la Mora, aunque acertara en el incremento del sentido crítico. Es por ello preciso conocer la diversidad de tradiciones que había detrás del proceso de modernización y que hacían flaquear las explicaciones excesivamente mecanicistas. Para ello se hacía imprescindible rehuir la dicotomía rígida entre tradición y modernidad y, por ello, tener en cuenta tanto las continuidades como las rupturas en una tradición que en la España de la época era más bien tradicionalismo⁴⁹. Además, por intentar evitar una explicación que pudiera interpretarse como centralista y como una pérdida de los matices asociados a las pervivencias y particularidades regionales, se corría el riesgo de

⁴⁸ *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Espasa Calpe, 1986 (1ª ed., Madrid, Rialp, 1965), p. 181. Véase también GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C., “Tecnocracia, cosmopolitismo y ocaso de la teología política en la obra de Gonzalo Fernández de la Mora”, en: J. Tusell et al., *El régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED, 1993, pp. 11-34.

ignorar aquellos elementos específicos a nivel conjunto, de la misma manera que la visión centralista perjudicaba el análisis a nivel regional. En definitiva, tal vez la ausencia de estudios parciales en número suficiente haya hecho poco viable el análisis del conjunto, y lo haya expuesto a generalidades obtenidas a partir de bases escasas.

Por todo ello, me propongo a continuación afrontar un caso regional de modernización durante el franquismo. Y el ejemplo que propongo es el de la Navarra del desarrollo, por varios motivos:

1. Por el mantenimiento de una cohesión territorial e identitaria especialmente intensa desde la guerra civil, a pesar de la existencia de manifestaciones divergentes⁵⁰.

2. Por la conservación de un sistema foral que permitía una cierta capacidad de actuación más allá de las limitaciones generales. Esto además venía favorecido por el respaldo “sentimental” del Jefe del Estado hacia Navarra en razón de su identidad nacional pretendidamente unitaria durante la guerra civil⁵¹.

3. Por suponer uno de los baluartes de la nueva Covadonga insurgente encargada de la “reconquista” de España y, por ello, esencia de la más pura tradición del espíritu del 18 de julio⁵². Sin embargo, terminado el franquismo, Navarra se había situado en vanguardia de la contestación al régimen, conflictividad laboral, y su adscripción identitaria había entrado en profundas controversias⁵³.

4. Por el vuelco en los comportamientos políticos y sociales durante el período, con una suavización del radicalismo conservador, un incremento considerable de la presencia progresista y una tendencia a la secularización especialmente apreciable⁵⁴.

En último término, era una sociedad que era percibida en 1975, desde dentro y desde fuera, como ejemplo de transformación, de modernización («un Japón con boina

⁴⁹ PUIG, Nuria y ÁLVARO, Adoración, op. cit., señalan: “Lo premoderno siguió existiendo en España hasta el final de la dictadura y, en algunos aspectos, hasta hoy” (“Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles”, p. 26).

⁵⁰ Véase mi “‘Spain’s Vendée’: the Carlist identity of Navarre as a model”, en: C. Ealham y M. Richards (eds.), *The Splintering of Spain, 1936-1945. Recent perspectives on the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 177-195.

⁵¹ Cf. CASPISTEGUI, Francisco Javier, “La utopía de la identidad unitaria: Navarra y el carlismo”, *Investigaciones Históricas*, 17 (1997), pp. 285-314.

⁵² UGARTE, Javier, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

⁵³ Cf. RAMÍREZ, José Luis (dir.), *Democratización y Amejoramiento Foral. Una historia de la transición en Navarra (1975-1983)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, esp. 77-265 y BARAIBAR, Álvaro, *Extraño federalismo. La vía navarra a la democracia (1973-1982)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2004.

roja», decía la revista *Cambio 16* en 1972), a pesar de partir de una caracterización netamente tradicionalista.

La modernización de Navarra bajo el franquismo.

a) **Los precedentes. La Navarra “unitaria”.** El 1 de abril de 1939 terminaba la guerra y los vencedores imponían su ley. Navarra era parte integrante de esa España vencedora y la imagen que pregonaba, construída especialmente durante la contienda, tendía a asociar la provincia con el más característico de los tradicionalismos, el carlista⁵⁵. ¿Era Navarra tan tradicionalista? Es evidente que el peso de esa cosmovisión era abrumador, pero también hay que afirmar que no era el punto de vista único⁵⁶. Esto se iba a ir apreciando precisamente durante los años sesenta, cuando, al amparo de la mayor conciencia crítica, una mejora de la formación y cierta liberalización de costumbres fruto del cambio social, las opiniones divergentes comenzaran a hacerse cada vez más presentes.

Sin embargo, en 1939 se impuso con firmeza una imagen de Navarra, primero de marcado carácter tradicional, religioso y conservador; y segundo, impulsando una ruralización como salvaguardia de valores. Ya en ese "primer año triunfal" de la retórica franquista, el obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, reclamaba el marco rural como la mejor defensa de los valores tradicionales:

Cuando consideramos a Navarra, sembrada por la mano providente de Dios, de tantos pueblecitos agrícolas, donde unos hombres sanos de alma y cuerpo, de recia fe y costumbres severas, sacan a una tierra dura el pan de cada día [...] [p]ienso que esta tierra bendita es el mejor rincón del mundo, y el más seguro escabel para saltar al cielo; pero al considerar por otra parte que los hijos de esos patriarcas de Navarra [...] han pisado tierras más fértiles, han sentido la caricia de climas más suaves, y la fascinación de bellezas más atrayentes; han probado la vida muelle de la ciudad y han oído decir de los grandes salarios en la industria; [...] y que el pueblecito natal se pierde allá lejos, lejos, [...] y que se pierde allá lejos, lejos, la parroquia pequeña y enhiesta y el cura bueno y vigilante [...], no os podemos ocultar, Venerables Hermanos y amados hijos,

⁵⁴ Cf. RAMÍREZ, José Luis (dir.), op. cit.

⁵⁵ Cf. CASPISTEGUI, Francisco Javier, “Spain’s Vendée”.

⁵⁶ Cf. CASPISTEGUI, Francisco Javier, “La utopía de la identidad unitaria”; CASPISTEGUI, Francisco Javier y ERRO, Carmen, “El naufragio de la Arcadia. Esbozo del cambio social en Navarra durante el Franquismo”, en: *Mito y realidad en la historia de Navarra*, III, Pamplona, Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, 1999, pp. 114-16.

que un triste presagio de ausencia de los campos, de abandono de la sencilla vida de aldea... de que Navarra sea menos Navarra [...]. El Señor nos aparte esa desgracia y nos dé el consuelo de ver que vuelven los mozos al pueblo, y se pegan a él con redoblado cariño, aman la vida de sus padres y se contentan, con haber salvado la libertad de la fe y de la Patria⁵⁷.

Esta actitud no se circunscribía a la Iglesia, sino que las recomendaciones para el regreso al arcádico mundo rural se extendían a la actuación de las instituciones (políticas, provinciales, locales y nacionales), medios de comunicación y todos aquellos sectores que pudiesen levantar la voz en aquel contexto. La crítica de la novela *La ciudad*, del navarro Manuel Iribarren⁵⁸, señalaba en 1940: «A una juventud moralmente sana, hecha a la pureza montaraz de Navarra, no puede nunca alucinar el vértice metropolitano. En todo caso, asombrar simplemente e inclinar a su estudio con vocación superior de alienista»⁵⁹. Desde lo institucional, por ejemplo, se trató de fijar al campesino a la tierra mediante una mejora de las condiciones de vida (por ejemplo a través de la política de vivienda), o con su formación técnica. De hecho, el desarrollo de una política de formación profesional desde la Diputación Foral de Navarra se realizó bajo la premisa de la redención y el control social más que desde planteamientos económicos, lo que hizo que el contenido de estas enseñanzas fuese de tono más moral que profesional, como reconocía el rector del Colegio San Francisco Javier de Tudela, perteneciente a los Jesuítas: «ocupa un primer plano en nuestra intención el completar su formación *religiosa y moral*»⁶⁰. El primer Ministro de la Vivienda, José Luis Arrese, lo afirmó con claridad: «Cada casa que se construya en la ciudad es una nueva tentación que se pone al campesino»⁶¹. Estas actitudes se extendieron incluso a la iniciativa de

⁵⁷ "Amor a la patria", *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona*, 1896 (15-IV-1939), p. 114. La hoja parroquial de la diócesis recogía un artículo en el que instaba al regreso para no dejar "debilitar nuestros fundamentos tradicionales, base incommovible de nuestra grandeza" ("¡Ya vuelven!", *La Verdad*, VIII/389 (4-VI-1939), p. 2.

⁵⁸ *La ciudad*, Madrid, Eds. Españolas, 1939.

⁵⁹ LÓPEZ IZQUIERDO, Rafael, "Un elogio a la novela «La ciudad»", *Diario de Navarra* (en adelante DN), 11-IX-1940, p. 1.

⁶⁰ Carta a la Diputación, XI-1946 (citada en CASPISTEGUI, Francisco Javier, "La formación profesional en Navarra (1939-1964)", en: F.J. Caspistegui y C. Erro (dirs), *De agrícola a industrial. Navarra 1939-2001*, Pamplona, Eunsa, 2005, p. 53). De alguna manera, la creación de este tipo de centros distribuidos por toda la geografía navarra tenía como objetivo último asentar a la población en su lugar de origen, para evitar que hubiesen de salir de sus comarcas (*Ibidem*, p. 103).

⁶¹ *Hacia una meta institucional*, Madrid, Movimiento, 1957, p. 85.

particulares, como la recuperación de un pueblo abandonado por parte de una familia de industriales con el apoyo de las instituciones⁶².

Y sin embargo, este modelo socio-económico estaba en franco retroceso incluso a pesar de que como imagen de una Navarra tópica seguía (y seguiría) estando vigente hasta bastantes años más tarde. La pregunta podría ser por qué pervivió ese modelo ideal (y por ello crecientemente irreal) si las circunstancias se oponían cada vez con más fuerza a él. La respuesta podría venir de la necesidad de confrontarlo al modelo del desarrollo. Tanto para aquellos que defendían la necesidad de transformar de raíz el panorama de Navarra, para quienes la existencia de una situación agraria, de aparente estancamiento y pautas ancestrales servía de contrapunto al que enfrentar las exigencias de la modernidad; como para aquellos otros que consideraban esas mismas pautas como el más seguro refugio frente a los males que una antigua tradición de crítica a lo urbano e industrial mantenía⁶³, la imagen de la Navarra rural era útil cuando, a comienzos de los años sesenta, la situación comenzó a reclamar una transformación. Esa imagen proporcionaba el telón de fondo sobre el que mostrar dos realidades antagónicas sobre las que construir bien un futuro industrial y rupturista (una postura con muy escasos seguidores), bien un regreso a las esencias más tradicionales o, más eclécticamente, la voluntad de conciliar de forma armónica ambos procesos.

En cierto modo, estos comportamientos se ajustaban a las teorías sobre la modernización que llegaban a raudales desde el modelo norteamericano. La primacía de lo económico, dejar en segundo plano la modernización política ante la necesidad de modelos de poder o de Estado fuertes para evitar los inconvenientes del desarrollo, contraponer el ideal de futuro al atraso de la tradición. Las cosas marcharían después al margen de las disposiciones teóricas, pero no deja de ser significativo que se planteasen inicialmente de esta manera.

b) El proceso de cambio: hacia la modernización. Pese a la plácida imagen de comunidad rural que se ofrecía de Navarra, en el año 1963 en ella se «habla de economía más que [de] fútbol: [...] enseguida salen el Mercado Común y el Plan de

⁶² Véase CASPISTEGUI, Francisco Javier, "Un mundo en transformación. ¿El fin del Antiguo Régimen en los años sesenta del siglo XX?", en: F.J. Caspistegui y M.M. Larraza (eds.), *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra*, Pamplona, Eunate, 2003, pp. 185-204.

⁶³ Véase mi "‘Esa ciudad maldita, cuna del centralismo, la burocracia y el liberalismo’: la ciudad como enemigo en el tradicionalismo español", en: *Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*, Pamplona, T6 eds., 2002, pp. 71-86.

Desarrollo»⁶⁴. La prensa de esta década de los sesenta recogió con entusiasmo el afán modernizador y trató de mostrar una opinión pública igualmente favorable al proceso transformador. Ello no obsta para que, de fondo, apareciesen reticencias considerables que insistieron en la salvaguardia de las tradiciones, en el mantenimiento de un espléndido aislamiento frente a unas “modas” que se consideraban, cuando menos, peligrosas. Y sin embargo, el deseo de emulación de los modelos exteriores, la eficacia, la “modernidad” en el sentido más tópico, se convirtieron en reclamos suficientemente intensos como para esquivar los cantos de sirena de las tendencias más retardatarias.

Para el caso navarro, la influencia de los medios de comunicación fue considerable, dado que, a comienzos de los sesenta era una de las provincias con mayor difusión de prensa y radio y, por tanto, el alcance de su influencia era considerable. Por ello seguiré la prensa como testimonio del favorable ambiente “modernizador” existente⁶⁵.

En 1962, el II Consejo Económico Sindical de Navarra planteó una revisión en profundidad de la situación económica de la región. Pese a iniciales declaraciones industrialistas, predominaba lo relativo al sector primario, pues el peso de la tradición económica era aún considerable, como recogía el Gobernador Civil en la clausura, pues el mayor y «más vital interés está en las ponencias [...] referentes al incremento forestal, al fomento y mejora de la ganadería y a la productividad en el campo»⁶⁶. En cualquier caso, y pese a todo, lo significativo era la introducción de las palabras de moda en el mundo económico del momento: desarrollo e industrialización. En el mencionado Consejo uno de los ponentes, Auxilio Goñi, había señalado con rotundidad:

El mundo entero se industrializa; y, como consecuencia, [n]uestro pueblo [...] no puede constituir una excepción. Navarra tiene planteado su gran problema. [...] elevar de manera continua, constante y tan intensa como sea posible, el ‘standing’, el

⁶⁴ Ollarra [URANGA, José Javier], DN, 23-III-1963, p. 16.

⁶⁵ Para una contextualización de Navarra en el conjunto de España, véase SEVILLANO CALERO, Francisco, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998, pp. 87-95, 106-112.

⁶⁶ "Clausura del II Pleno del Consejo Económico Sindical de Navarra", DN, 1-III-1962, p. 7. En la misma línea, el Delegado Provincial Sindical, Julián Calero, pedía que Navarra fuese “la vanguardia del campo de España” (“Asamblea plenaria de la Cámara Oficial Sindical Agraria de Navarra”, DN, 17-II-1963, p. 16). En 1964 se pedían soluciones para la creciente crisis del campo, pues “de su efectividad puede depender nuestro futuro, no sólo económico, sino también espiritual” (Ollarra, “El campo, problema gravísimo”, DN, 12-VIII-1964, p. 12).

‘confort’, todas esas cosas comprendidas en lo que se llama actualmente ‘nivel de vida’ de sus hijos⁶⁷.

Navarra estaba retrocediendo en la mayor parte de los índices. Por ello, «los navarros han de empeñarse, individual y colectivamente, en un tremendo esfuerzo cuya meta [...] ha de ser sostener el ritmo general, recuperar el retroceso, y *alcanzar a Guipúzcoa y Vizcaya*»⁶⁸. La pregunta estaba en cómo llevar a cabo semejante tarea y la respuesta la daba, de nuevo, Auxilio Goñi, que en 1963 proclamaba la necesidad de transformar las instituciones, concretamente la Diputación: «El poder decisorio que confiere la autonomía administrativa debe ser más utilizado»⁶⁹. Otro asiduo participante en las llamadas a la transformación económica de Navarra en esos años, Lorenzo Reyero, consideraba que, para industrializar, «[l]a Excma. Diputación Foral debe coordinar, estudiar y analizar y si fuera necesario poner los medios para conseguir este desarrollo»⁷⁰.

Una Navarra satisfecha de sí misma iba quedando atrás, comfortable en una situación tradicional, pues las necesidades de un presente acelerado ponían en cuestión viejos modelos. Los planes más variopintos, con especial insistencia en las obras públicas, se ponían encima de la mesa.

Por su parte, la Diputación y el Ayuntamiento de Pamplona iniciaron estos años sesenta con un incremento considerable de actividad, al menos en lo que se refiere a la planificación. No hay que olvidar que ya a finales de 1962 se publicaban las directrices y medidas preliminares al plan de desarrollo nacional, lo que hacía actuales las reflexiones acerca de lo industrial. Mencionaba el vicepresidente de la Diputación, Miguel Gortari, las empresas recién establecidas o renovadas, muchas de ellas beneficiarias de ayudas públicas, bien en forma de subvenciones, bien de exenciones tributarias:

"la Diputación ha procurado por este medio incrementar el crecimiento industrial de Navarra [...] pero lamentablemente no todo lo que desea. Tropieza para ello con la falta de clima y ambiente industrial en Navarra y con una escasez de personas de nuestra región que sientan la inquietud de revelarse como promotores o patrocinadores

⁶⁷ "Consejo Económico Sindical de Navarra. Segundo pleno. Las sesiones de ayer", DN, 28-II-1962, p. 6. *El Pensamiento Navarro* (en adelante, EPN), 28-II-1962, p. 3.

⁶⁸ "Consejo Económico Sindical de Navarra. Segundo pleno. Las sesiones de ayer", DN, 28-II-1962, p. 6, énfasis añadido. EPN, 1-III-1962, pp. 1, 2, 4 y 5.

⁶⁹ Reseña de su conferencia en el ciclo "Navarra ante el Mercado Común", DN, 22-IV-1963, p. 5.

⁷⁰ Reseña de su conferencia en el ciclo "Navarra ante el Mercado Común", DN, 27-IV-1963, p. 5.

de nuevas industrias”. Y añadía: “La Diputación es impotente, por sí misma, para producir directamente dentro de su jurisdicción un aumento industrial⁷¹.”

Faltaban empresarios, en opinión de la máxima institución foral. Pese a todo, había decidido «encomendar a verdaderos especialistas en la materia el estudio de un plan de desarrollo de Navarra», en el que se contemplaba la integración de la Ribera de Navarra en una amplia zona que incluía también a Zaragoza, Soria, Logroño, Teruel y Huesca. En la rueda de prensa que exponía estas propuestas, los periodistas preguntaron por el desarrollo industrial y, concretamente, por la aportación navarra de capital. Aunque lentamente, Miguel Gortari consideraba que la actitud iba cambiando: «Las gentes, incluso de los pueblos, no se conforman con colocar sus ahorros en imposiciones anuales, sino que leen el boletín de cotización de la Bolsa»⁷². El problema de todo el proceso comenzaba a ser el excesivo protagonismo de la Diputación, en la que descansaba la iniciativa, el impulso y cualquier aspecto relacionado con el cambio. Parecía claro que si ésta no marchaba en cabeza, nada marcharía. Había una «[u]rgente tarea para Navarra», cuyo porvenir «depende de que su privativo régimen económico administrativo se mueva al ritmo que están exigiendo las circunstancias actuales». Y esa tarea era crear polígonos industriales, multiplicados en el deseo de los navarros como la panacea «para detener toda la emigración de hombres y de capitales y para que el retraso económico no se convierta en insalvable dentro de unos años». La Diputación «debe ofrecer las mismas ventajas y apoyos que el Estado ha otorgado en las provincias de régimen común. [...] Lo último es cruzarse de brazos»⁷³.

Desde la prensa se pedía: «Es preciso crear necesidades en la gente, dotarla de medios económicos suficientes, y fabricar los productos para satisfacerlas». Por ello, concluía, «[n]ecesitamos [...] un programa de transformación económico-social» que se canalice a través de la esfera oficial, que habría de proveer de las infraestructuras materiales y humanas, y la privada, a la que habría que incentivar. «Todo ello tendrá que estudiarse por algún organismo de técnicos y de asesores, tendrá que disponerse por los organismos político-administrativos y ejecutivos». Esto sería el plan de desarrollo,

⁷¹ "Rueda de prensa en la Diputación", DN, 26-III-1963, pp. 1 y 5; EPN, 26-III-1963, pp. 1, 5 y 12.

⁷² "Rueda de prensa en la Diputación", DN, 26-III-1963, p. 5. Andrés de Errota, "A Navarra le faltan hombres de empresa", EPN, 28-III-1963, p. 3.

⁷³ MARTÍNEZ TORRES, Julio, "Urgente tarea para Navarra", DN, 16-II-1964, p. 16.

aunque al autor le gustase más «Programa de transformación económico social»⁷⁴, lo que no dejaba de ser un fiel reflejo de en qué consistía la modernización.

En el presupuesto de la Diputación Foral para el año 1964 se introducía una importante partida dedicada a la mejora de las comunicaciones, especialmente de la red viaria, y se preveía la creación de una dirección de industria. Existía la opresiva sensación de quedarse al margen del vertiginoso desarrollo del momento y desde todas las instancias y sectores se urgía la toma de medidas con las que hacer frente a ese cambio. En ambos casos era una apertura, aunque en muchas ocasiones hubiese de hacer frente a severas reticencias⁷⁵.

En abril de 1964 se produjo una significativa renovación parcial en la composición de la Diputación. El día 3, el editorial de *Diario de Navarra* era claro:

En el momento crítico en que otras regiones españolas, favorecidas por el Gobierno, emprenden la urgente puesta en marcha de grandes complejos económicos, Navarra [...] no puede quedarse estancada, entre otras cosas porque la tradición y la historia nos dicen que ha ocupado siempre los primeros lugares en el desarrollo y progreso de la Patria⁷⁶.

Félix Huarte, como vicepresidente, expresó en su toma de posesión la voluntad industrializadora de la Diputación, aunque advirtiendo que «si queremos hacer una Navarra económicamente fuerte, [...] tenemos y debemos conjugar el desarrollo simultáneo de las riquezas Agrícola e Industrial, que no son antagónicas, sino que, por el contrario, se complementan»⁷⁷. El 10 de ese mismo mes se anunciaba el Plan de Promoción Industrial, ante el cual un editorial titulado «El octavo polo de desarrollo», sentenciaba con rotundidad: «La piedra fundamental para un futuro económico de Navarra, totalmente distinto a la realidad actual, está ya puesta»⁷⁸. A fines de mayo estaban en marcha inversiones por valor de mil millones de pesetas y 2.500 colocaciones y todo ello en medio de un clima de tolerancia desde las instituciones nacionales⁷⁹. Desde ese momento, la fiebre industrializadora sacudió Navarra y desde

⁷⁴ M.O., "La industrialización de Navarra. Deseada y difícil (y III)", DN, 21-IV-1963, p. 16. Se publicaron las dos entregas anteriores el 19 y 20-IV, ambas en p. 7.

⁷⁵ DN, 28-XII-1963, pp. 1 y 5.

⁷⁶ "Unidad y colaboración", DN, 3-IV-1964, p. 1.

⁷⁷ "Ayer se constituyó la nueva Diputación Foral de Navarra", DN, 3-IV-1964, p. 4; EPN, 3-IV-1964, p. 8.

⁷⁸ DN, 12-IV-1964, p. 1; también en EPN, 12-IV-1964, pp. 1, 8 y 11.

⁷⁹ Sobre este plan y sus consecuencias, véanse: ERRO, Carmen, "Gestación y resultados del Programa de Promoción Industrial de 1964", en: F.J. Caspistegui y C. Erro (dirs.), *De agraria a industrial. Navarra*

todos los puntos cardinales surgieron iniciativas en este sentido, para afirmar que Navarra era «una región de clase media en un país de clase media»⁸⁰. Y sin embargo, la industria aún ocasionaba temores, lo que llevaba a afirmar una y otra vez la necesidad de hacerla compatible con la agricultura pues, como señalaba Félix Huarte en junio de 1964, era «el pilar básico sobre el que se asienta nuestra economía»⁸¹. De forma más evidente lo manifestaba Francisco Uranga:

creemos necesario señalar esta ola de materialismo que, tras de la burocracia ávida de poder, amenaza ahogar aquello que rescatamos con la sangre de los mejores. [...] Producir, comercializar, elevar el nivel de vida, son metas fundamentales pero siempre que no transformen a España en un país al modo ruso o americano, siempre que España siga siendo España, la que se alzó contra un sistema burocrático que amenazaba el ser y la esencia de la Patria⁸².

Crecer sí, pero dentro de un orden que no pusiera en cuestión la esencia de España, en agudo debate entre fuerzas ideológicas del momento. El director de *Diario de Navarra* pedía conservar las esencias en frascos nuevos: «Que Navarra se llene de fábricas sin peligro de proletarizarse, que nuestra gente viva contenta y próspera en los pueblos»⁸³. Pese a los temores, mediada la década de los sesenta, en Navarra había calado «la mentalidad del desarrollo»: «el éxito más fundamental del programa de promoción consiste en el espíritu que ha inculcado a parte de la sociedad navarra». [...] «La idea de la industrialización, el sentimiento del desarrollo, el afán de progreso que antes pudo considerarse como una cosa superflua para nuestro espíritu o como un lujo, hoy es una exigencia de todos los navarros y la única solución para no quedarse atrás»⁸⁴. Sin embargo, los problemas llegaron de la mano, especialmente con la drástica reducción de la agricultura y la amenaza del sector económico y social tradicional en Navarra, con los consiguientes riesgos morales. Francisco Uranga comparaba esta situación con la que llevó a la aparición de desolados tras la peste negra, allá por el siglo XIV. Criticaba los cantos de sirena de la ciudad hacia «hombres que son lo más moral y socialmente sano de la Patria», que acababan proletarizados y sin defensas,

1939-2001, Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 105-134; CASPISTEGUI, Francisco Javier y ERRO, Carmen, "El naufragio de Arcadia", pp. 107-31.

⁸⁰ "Diálogo con D. Francisco José Saralegui, Director General Técnico de la Diputación", EPN, 18-IV-1964, p. 8.

⁸¹ "Ayer se reunió el pleno de nuestro Consejo Foral Administrativo", DN, 25-VI-1964, p. 1.

⁸² "La burocracia", DN, 22-X-1964, p. 12.

⁸³ Ollarra, "Carta a los Magos", DN, 6-I-1966, p. 16.

⁸⁴ JMT (MARTÍNEZ TORRES, Julio), DN, 22-XI-1964, p. 16 y JMT, DN, 21-XI-1965, p. 16.

constituyendo así «un problema social y moral gravísimo». Pedía incluso concentrar a la población agraria en núcleos de que reunieran las comodidades modernas pero sin perder su condición campesina⁸⁵. El subdirector de Agricultura de la Diputación señalaba que «[l]a agricultura, les guste o no les guste a algunos, es cosa del Altísimo. Lo dicen los libros sagrados y el Programa de Desarrollo Agrícola de una provincia española que, como Navarra, también quiere ir hacia delante»⁸⁶. Se iba hacia lo desconocido sin la salvaguardia de lo tradicional, aunque seguían haciéndose esfuerzos para buscar la compatibilidad: «Hay una Navarra topiguera -no por eso menos cierta, sino más manoseada por la propaganda y el folklore, más resobada y ajada por la publicidad- frente a esta otra Navarra industrial, económica, universitaria y puente de plata del Mercado Común. ¡Milagros del Señor!»⁸⁷.

La opinión general, pese a las reticencias y la aparición de los primeros problemas “sociales”, era positiva, aunque se seguía insistiendo en la necesidad de preservar esencias tradicionales: «Lo importante es cambiar bien y no perder el tono. Que la industria viene, bienvenida la industria porque es preferible que la industria transforme Navarra a que la pobreza consuma nuestras creencias, nuestro modo de ser, nuestras tradiciones...»⁸⁸. Estaba llegando una “Navarra nueva” tras unos años que eran considerados tal vez como los «más inseguros de nuestra historia, pero, por otra parte, se pueden considerar como los más audazmente aventurados»⁸⁹. Un buen resumen de la dualidad de actitudes lo realizaba el profesor de Geografía Manuel Ferrer Regales, que consideraba que el proceso «lleva camino de acabar con el pasado agrarizante para consolidar el despegue y crear una tradición fabril» que superase modelos de otros tiempos en los que «la acción administrativa, e incluso la clerical, secundan la mentalidad de la burguesía pamplonesa, oponiéndose a la creación de industrias. Se teme a las fábricas, porque de ellas se derivan los conflictos sociales y morales»⁹⁰.

El desarrollo implicó la necesidad de aumentar los servicios, de mejorar las vías de comunicación, de incrementar los niveles educativos y las prestaciones sanitarias, de asimilar a los numerosos inmigrantes y de plantear las nuevas relaciones laborales. Junto al desarrollo económico se requería una apertura política, que comenzó a

⁸⁵ "Política agraria", DN, 10-X-1965, p. 16.

⁸⁶ Declaraciones de Miguel Jesús Troncoso a *El Europeo*, "que coinciden plenamente con la línea seguida en Diario de Navarra", DN, 2-I-1966, p. 16.

⁸⁷ REVILLA, José Antonio, "Navarra frente al tópico", *Desarrollo*, 37 (14-XI-1965), reproducida por DN, 17-XI-1965, p. 16.

⁸⁸ MARTÍNEZ TORRES, Julio, DN, 19-VIII-1965, p. 6.

⁸⁹ MARTÍNEZ TORRES, Julio, DN, 14-IV-1967, p. 28.

plantearse desde diversas instancias, aunque con especial insistencia de los sectores obreros, crecientemente concienciados. Tomás Caballero, presidente del Consejo de Trabajadores desde 1967, señalaba al ser nombrado: «Navarra camina a pasos agigantados en su desarrollo industrial, se está hablando de su desarrollo agrícola y sin embargo su desarrollo representativo está estancado en una ley de hace 125 años»⁹¹. Poco a poco las noticias sobre problemas laborales sustituyeron las que habían venido haciendo referencia a la creación de nuevas empresas e incluso los escándalos económicos, en especial el de *Matesa*, añadieron incertidumbre al proceso. El desarrollo económico había producido una transformación evidente de la sociedad navarra, pero aún no se había alcanzado una modernización que cumpliera los requisitos que se consideraban imprescindibles para hablar de ella con plenitud.

De cualquier modo, la imagen que de sí mismos y de la Navarra emergente tenían los responsables de la puesta en marcha del proceso de desarrollo económico no dejaba de estar mediatizada por una amplia serie de reservas que ponían sordina a la modernización en sentido pleno. El gran objetivo era crear riqueza, evitar la emigración y preservar valores tradicionales. Tal vez la imagen la proporcione el siguiente testimonio:

Me decía a mí Luzuriaga [...] «Vamos a necesitar hacer ahí viviendas», «¡Ni lance usted la idea!, es mucho mejor que ellos vengan en su moto o en su cochecito desde los pueblos cercanos. Todos tienen su casa, y además es mejor que la tengan porque allá tienen una docena de gallinas que les dan de comer, unos conejos, una mula o un par de burros [...] que les ayudan en la tarea del campo, y ellos los días de fiesta [...] ¡seguirán trabajando el campo!. ¡Y será mejor para todos!. Toda aquella comarca, no es que se hiciera rica, pero se notó el tirón. ¡Todas las familias tenían dos o tres entradas!: tenían el campo de siempre que seguían cuidando un poquito, luego un tío que bajaba a la fábrica ¡y que venía todos los sábados con un sobre!; ¡claro!, [...] eso fue enormemente estabilizador»⁹².

A modo de conclusión: una modernización defensiva.

⁹⁰ "La industria navarra", DN, 7-VI-1967, p. 29.

⁹¹ MARTÍNEZ TORRES, Julio, DN, 19-II-1967, p. 24.

⁹² Entrevista con FJS, Madrid, 8-II-2001, p. 18.

El ambiente, los valores y características del campo con las ventajas de una economía industrial: ese era el modelo de modernización al que desde la Navarra del desarrollismo se aspiraba, un modelo que trató de difundirse intensamente entre la opinión pública, todavía muy bien dispuesta, en estos años sesenta, a aceptar el deslumbramiento del desarrollo, y ello a pesar de que los problemas surgieron de inmediato, con ascenso de precios, mayor inestabilidad social, dificultades de adaptación ante la llegada de inmigrantes, rechazo de las propuestas de mayor representatividad institucional, etc.

De alguna manera podría decirse que la modernización se llevó a cabo refrenando su impulso, limitando su alcance. Si, como señala la prof. Carnero, modernización implica la obtención de bienes sociales concretados en tres variables, a saber: desarrollo económico, movilización social y desarrollo político⁹³, en el caso de la Navarra de la década de los sesenta y, por extensión, en la España del período, se avanzó considerablemente en el primero, de forma más limitada en el segundo y, sin resultados aparentes en el tercero, pese a que la demanda social era intensa incluso en la petición de desarrollo político. ¿Por qué entonces esta disparidad?, ¿por qué impulsar el desarrollo económico desde el poder político por encima de cualquier otro objetivo? Pero incluso en ese impulso desarrollista, ¿por qué conjugar la “modernidad” del economicismo y el consumo con los valores más tradicionales? Es factible considerar el peso de un argumento que podría calificarse como filantrópico, como la voluntad por mejorar el nivel de vida de los españoles. Pero no hay que dejar de lado la utilidad que como argumento propagandístico tenía dicha mejora material, como bien pudo apreciarse en la celebración de los “25 años de paz”. Además, y como objetivo último, se pretendía la defensa de los principios que habían impulsado a quienes se habían alzado en armas contra la República en 1936, como bien ejemplificaba el texto de Gonzalo Fernández de la Mora citado páginas atrás.

De ahí que pueda ser útil el uso del concepto de modernización defensiva, según el cual nos encontraríamos ante el intento de utilizar los instrumentos y herramientas proporcionados por la modernidad para conservar las pautas fundamentales y las referencias últimas que articulan un modelo social, político y cultural⁹⁴. Cambiar lo

⁹³ CARNERO, Teresa, “Introducción”, p. 27.

⁹⁴ Sin definirla como tal, S.N. Eisenstadt habla de una modernización parcial en sectores tradicionales sin necesidad de un cambio generalizado hacia la modernidad: "It might even reinforce traditional systems by the infusion of new forms of organization" ("Studies of modernization...", p. 239); D.C. Tipps habla de "selective modernization", como aquella que "may only strengthen traditional institutions and values,

imprescindible para que nada cambie en el fondo podría ser el lema de dicha actitud. Las acciones concretas de los distintos poderes, las iniciativas de determinados sectores sociales no serían sino el intento de mantener el estatus quo vigente con el maquillaje de la modernidad. No hay voluntad de transformación radical, ni siquiera parcial, pues lo que predominaba era el deseo de afirmación de valores y argumentos a los que se consideraba plenamente vigentes. De alguna manera, al impulsar la industrialización en la Navarra de mediados de los sesenta, sus dirigentes pretendían solucionar los defectos del sistema hasta entonces vigente, pero no con la intención de pasar a uno nuevo, sino con la de mantenerlo de la mejor manera posible. Si de una ecuación se tratase, podríamos decir que el peso de la variable tradición seguía ejerciendo un peso determinante en la resultante social.

El problema de dicho planteamiento es que si bien a principios de los sesenta todavía no presentaba una gran reacción social contraria, cuando la década avanzó y los problemas generados por los intentos previos de solución se generalizaron, la distancia entre ambos puntos creció y la crítica aumentó. La sociedad aspiraba a completar la trilogía de elementos que integran la modernización: económicos, sociales y políticos. Conseguida la primera, se activó la segunda y, de forma paralela, se requirió la tercera. No estamos, evidentemente, ante una reacción mecánica pues, como se vio en diversos momentos del final del franquismo y la transición, hubo intentos de involución, pero éstos no pasaron de ser cantos de cisne de una forma de entender la sociedad que ya no correspondía con la realidad.

Considero que este modelo puede ser de utilidad tanto para explicar el caso navarro como el español en su conjunto, y permite considerar la complejidad del análisis de tantas y tan diversas variables sin un desarrollo lineal ni rígido.

and rapid social change in one sphere may serve only to inhibit change in others" ("Modernization and comparative...", p. 215). He tocado estas cuestiones en "El cine como instrumento de *modernidad defensiva* en Pamplona, 1917-1931", *Ikusgaiak*, 7 (2005), 5-38.